

Suscripción:

En Murcia,
50 cts. al mes
Provincias,
8 reales tri-
mestre.
Pago adelan-
tado.

LA JUVENTUD LITERARIA

Se publica los Jueves y Domingos.

Año II. Murcia 2 de Junio de 1889. Núm. 46.

Anuncios.

Se reciben
en la Admi-
nistración de
este periódico
Comunica-
dos, á precios
médicos.

Anuncio-tarjeta y periódico 4
reales al mes.
Número suelto 10 céntimos.

Redacción y Administración
APÓSTOLES 11, BAJO.

Colaboradores todos los suscri-
tores.
La correspondencia al director.

Fonda Universal

Situada: plaza de S. Bartolome
bajo la dirección de
DON FELIX CABEZOS

Este acreditado establecimien-
to montado al estilo de los de Ma-
drid, está siendo cada día más
favorecido por el público, merced
á la actividad y celo que despliega
su propietario D. Felix Cabezos, á
quien secunda su servidumbre y
el entendido jefe de cocina que pro-
cura ofrecer á los viajeros exquisi-
tos manjares confeccionados con
especial limpieza y novedad.

Anuncio.

La venta de 350 botellas de vinos y
licores en un lote, á los que quieran y
puedan especular este negocio.

200 novelas de Paul de Koch y otros
reconocidos autores

12000 reales en música de las selecta
y escogida.

Una máquina de coser de mano, nue-
va y de las mejores de su clase.

Otra máquina usada de zapatero, que
marcha perfectamente.

Se venden todos los géneros de mi
establecimiento, y por último se vende
y traspasa la tienda con permiso del
dueño de la casa, con géneros y sin
ellos.

Este negocio solo es por ahora á los
especuladores y personas que quieran
establecerse, haciéndoles buenas rebajas
para que lo puedan negociar. Pago al
contado. Bazar Clausel, calle de Lucas,
accesorio al Casino. 23 años de existen-
cia.

PASTELERIA-RESTAURANT DEL COMERCIO

Empanadas todos los días.

Se sirve á domicilio, banquetes y re-
frescos en lujosa bajilla, avisando con
anticipación.

FOTOGRAFÍA DE Federico M. Terol.

Calle de Pascual, núm. 5.

La Juventud Literaria.

CÓMO MURIÓ SOLEDAD.

Soledad era una morena buena
moza, de figura lujurante, cence-
ña cintura, ojos endiablidamente
pícaros, lábios que hasta las abejas
hubiesen equivocado con las rosas,
y cabellera negra y abundante co-
mo lo infinito.

Tenía veintiocho años y era de
esas mujeres que, cuando van por
la calle, ó por el paseo ó por cual-
quier lado, se llevan detrás de sí,
los ojos y el albedrío de cuantos no
son ciegos.

Yo la tenía comparada con una
araña. Sí; Soledad, tan bella, tan
incitante, me parecía á mí una ara-
ña. Fascinaba á los hombres, les
atraía con aquellos ojos suyos que
siempre que le miraban á uno pa-
recía como si le hicieran la sangre
más joven y más ardiente, y quan-
do los desdichados, huyendo de la
fascinación de los ojos, de la boca y
de toda la cara, llevaban la vista á
otro lado y tropezaban con la cabe-
llera, se hallaban cogidos, vencidos,
atados; lo mismo que la mosca en
la sutil tela, su enemigo, sin poder
huir ni defenderse.

Soledad (la andaluza) era canta-
ora, cantora de flamenca en yo no
sé qué café de Madrid. Decían que
tenía un tesoro en la garganta y que
si en lugar de lanzar «jipios» se le
hubiese ocurrido hacer escalas, ha-
bría llegado con el tiempo á tiple de
«primissimo cartel».

Pero á Soledad que no la vinie-
sen con tontunas; ella no sabía ni
entendía más que de aquello, y
aquello lo sabía desde chiquitina,
porque la habían adormecido can-
tándole gitano; porque la habían
amamantado cantándole gitano y
porque había ercrido y se había de-

sarrollado cantando ella gitano y
oyéndoselo cantar á los demás.

Fué un delirio, verdaderamente,
el que siempre tuvo por los cantos
de su tierra; bien es verdad, que
jamás le gustaron otros, así como
jamás le gustó otra música que la
de la guitarra.

¡La guitarra! En aquél trozo de
madera miserable, ella lo creía todo,
lo veía todo y le parecía oírlo todo;
desde el alegre gorjeo de los ruise-
ñores por la mañana, hasta el tris-
tísimo zumbido del aire entro los
árboles por la noche; desde la risa
del niño que juega, hasta los suspi-
ros del viejo que llora; desde las
palabras de amor de los que se quie-
ren, hasta las quejas de los que do-
jaron ya de quererse....

Yo no sé cómo decirlo aquí, que
Soledad en sus veintiocho años tu-
vo muchos amantes. Era una mu-
jer ardiente é impresionable, capaz
de amar y odiar á un hombre con
locura en un solo día. Ni ella hubie-
ra podido dar razón de cómo pudo
llegar á enamorarse de algunos.

Contaba en la lista de los que
habían pasado por su corazón, to-
reros, cantores, contrabandistas,
matones, la mar de su gente; por-
que á ella le sucedía con los hom-
bres lo que con los cantores: le
gustaban los suyos, los de su clase,
los que eran como ella, jamás tuvo
amores con ningún silbante, y cui-
dado que le habían andado detrás
con memoriales. ¡María Santísima!
Lo que ella decía:

—Si se pudiesen formar los unos
tras otros en ringlera, había para
dar la vuelta al mundo.

Cuando sucedió esto, estaba viu-
da.... vamos, que no tenía amores
con ningún hombre, fué en la épo-

